

FEMINISMOS EN EL UMBRAL DE LA ACADEMIA

Ana Luisa Muñoz García
Catalina Trebisacce Marchand
Editoras

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS.....7

PRÓLOGO.....9

Alejandra Araya

CAPÍTULO 1

LA INSISTENCIA DE LOS FEMINISMOS.....21

Ana Luisa Muñoz García y Catalina Trebisacce Marchand

PARTE I:

CONOCIMIENTOS FEMINISTAS

CAPÍTULO 2

DESAFÍOS EPISTEMOLÓGICOS DE LA TEORIZACIÓN FEMINISTA.....61

Stephanie Martinic Caneo

CAPÍTULO 3

ANÁLISIS FEMINISTA INTERSECCIONAL DE LOS SABERES DENTRO DE
LA CONVENCIÓN CONSTITUCIONAL DE CHILE, 2021-202287

Hillary Hiner

CAPÍTULO 4

LA POTENCIA AFECTIVA Y LA URGENCIA DE NOMBRAR(SE): AGITAR
LAS PALABRAS FEMINISTAS Y SEXO GÉNERO DISIDENTES DESPUÉS
DEL MAYO FEMINISTA117

Panchiba F. Barrientos.

PARTE II:

POLÍTICAS DE GÉNERO EN EDUCACIÓN SUPERIOR

CAPÍTULO 5

FEMINISMOS NEOLIBERALES Y LA AGENDA DE GÉNERO EN CHILE.....139

Marcela Mandiola

CAPÍTULO 6

ESCRITURA ACADÉMICA Y GÉNERO EN LA ACADEMIA CHILENA:
PRODUCCIÓN CONTRA TIEMPO Y ESPACIOS.....171

Elisabeth Simbürger

CAPÍTULO 7	
¿TRANSFORMAR LA UNIVERSIDAD? GÉNERO Y RESPUESTA INSTITUCIONAL AL SEXISMO EN LA EDUCACIÓN SUPERIOR.....	201
<i>Lelya Troncoso y Carolina Muñoz</i>	

CAPÍTULO 8	
DISPOSITIVOS, NARRATIVAS Y PRÁCTICAS FEMINISTAS CONTRA LA VIOLENCIA DE GÉNERO EN LAS UNIVERSIDADES ARGENTINAS.....	229
<i>Vanesa Vasquez Laba y Andrea Torricella</i>	

CAPÍTULO 9	
LA REFORMA UNIVERSITARIA FEMINISTA Y LAS DEMANDAS DE JUSTICIA	251
<i>Sasha Mudd y Betzabeth Guzmán</i>	

PARTE III:

PRÁCTICAS FEMINISTAS PARA LA TRANSFORMACIÓN

CAPÍTULO 10	
AVANZANDO AL DESARROLLO ACADÉMICO: PROGRAMA DE MENTORÍAS CON ENFOQUE DE GÉNERO	281
<i>Daniela Véliz y Liliana Pedraja-Rejas</i>	

CAPÍTULO 11	
REFLEXIONES SOBRE LA INCIDENCIA DE PERSPECTIVAS SEXOGENÉRICAS EN LA CONSTRUCCIÓN DE CONOCIMIENTO EN CIENCIAS SOCIALES. APORTES PARA LA ENSEÑANZA ACTUAL	305
<i>Violeta Jardon</i>	

CAPÍTULO 12	
LA VIOLENCIA DE GÉNERO, EMOCIONES Y LOS MOVIMIENTOS FEMINISTAS UNIVERSITARIOS EN LAS INSTITUCIONES DE EDUCACIÓN SUPERIOR EN MÉXICO	327
<i>Claudia Sandoval Zamorano</i>	

CAPÍTULO 13	
TENSIONES DISCURSIVAS Y ARTICULACIONES SEXOGENÉRICAS: LENGUA, GÉNERO Y DISCURSO EN DOS UNIVERSIDADES ARGENTINAS.....	349
<i>Marcia Arbusti, Lucía Romanini, Carolina Cravero, Gastón Daix y Cecilia Dionisio</i>	

CAPÍTULO 14	
PRAXIS FEMINISTA Y CONTRAHEGEMONÍA EN LA ACCIÓN PEDAGÓGICA UNIVERSITARIA	377
<i>Karla Kral</i>	

AGRADECIMIENTOS

Este libro es el resultado de una amorosa conspiración entre colegas que desde diferentes países y unidades académicas trabajamos en el hacer y en el pensar el conocimiento desde una perspectiva feminista.

Como editoras, nuestro primer agradecimiento es para las autoras que se sumaron a la propuesta de construir este libro. Un libro que aspiraba a reunir historias de la frontera del conocimiento académico. Una suerte de anecdotario de fortines contado desde el malón, y que terminó siendo una frondosa cartografía de experiencias revoltosas y resilientes, accidentes de la geografía académica que hacen ecos impensados en otros lugares y capítulos. Les queremos agradecer a las autoras por entusiasmarse con esta aventura y también por la generosidad y paciencia que han tenido a lo largo de este año. En las idas y vueltas de los manuscritos, reuniones, emails, conversaciones telefónicas, reuniones virtuales, audios de WhatsApp o simplemente mensajes de texto. Las historias, ideas, preguntas, reflexiones que nos entregan en cada capítulo son un don, diríamos con Mauss y con Derrida. Ese maravilloso dar que es fundación de lazos y que está, por definición, imposibilitado de cancelarse permaneciendo siempre abierto a infinitos otros intercambios. En este mismo sentido, nos es imperioso agradecer el dedicado trabajo de las evaluadoras que nos acompañaron con constancia y cuidado en cada corrección. Ellas miraron, aportaron y mejoraron cada texto para conseguir la mejor versión en un trabajo que siempre es colectivo.

Por otra parte, es necesario agradecer al financiamiento del Proyecto Fondecyt Regular #1210477 “Mapeando la construcción del conocimiento desde una perspectiva de género” otorgado por la Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo (ANID), sin el cual sería imposible desarrollar la colaboración y el diálogo que entreteje este libro tanto a nivel nacional como internacional. En el marco de este proyecto, importa reconocer no solo las co-investigadoras del mismo, Hillary Hiner y Andrea Lira, sino también a quienes han participado como ayudantes, tesistas y personal de apoyo del proyecto durante estos cuatro años. Entre ellas merece una especial mención Fernanda Rojas Müller, quien durante todo este año ha comandado

la coordinación entre las diferentes autoras y revisoras, en el largo proceso que involucra la escritura de un libro, desde la recepción de los primeros resúmenes hasta los últimos detalles de su lanzamiento. Ningún libro es posible sin el trabajo de toda una maquinaria de revisores, editores de estilo, diseñadores y ayudantes que apoyan el proceso de coordinación para la difusión del conocimiento.

El libro ha sido posible gracias al generoso apoyo del Centro de Políticas y Prácticas en Educación (CEPPE) y su equipo liderado por Magdalena Claro. La plataforma otorgada por CEPPE para la difusión de conocimientos, incluyendo aquellos que han sido históricamente situados en los márgenes de la academia, es invaluable en momentos en que la sociedad en general y la educación en particular nos exige dialogar sobre problemáticas que se tensionan en contextos de crisis.

De corazón, agradecemos a todas nuestras colegas, amigas, complicidades feministas, tesisistas, estudiantes de pre y postgrado que siempre nos están movilizándolo a pensar, crear y dialogar. El agradecimiento en estos diálogos se extiende a autoras y autores que nos inspiran con sus teorías y reflexiones a imaginar y construir conocimiento. A nuestros vínculos afectivos humanos (y no humanos) que nos sostienen cuando la vida tambalea o en el suspiro del cierre de un proyecto como éste. Margarita García, Claudia Fernández, Kahlo, Moyi Schwartz, Vir Cano, Kona y Ñenca.

Nuestra esperanza es que esta colección editada contribuya a la discusión sobre los aportes de los feminismos (en plural) en las universidades, desde o con los territorios en los que nos desenvolvemos. Finalmente, entendiendo los feminismos como proyectos de transformación, este libro está dedicado a todes quienes mantienen la pregunta constante sobre cómo podemos dismantelar estructuras y prácticas de desigualdad existentes y construir futuros alternativos posibles.

PRÓLOGO

Franquear el umbral

Franquear el umbral es una expresión poderosa que he rumiado desde que leí a Eloísa Díaz Insulza (1866-1950). Si navegan en internet la encontrarán como la primera mujer universitaria y luego la primera titulada en medicina en la Universidad de Chile. La frase la encontrarán en su tesis dedicada a la pubertad en las mujeres chilenas, esto es, a la menstruación. Ella tenía 11 años cuando las profesoras Isabel Lebrun y Antonia Tarragó tuvieron otro logro en su lucha por el derecho a la educación para las mujeres -plagado de resistencias y rechazo- con la promulgación un 6 de febrero de 1877 del Decreto N°547: “Se declara que las mujeres deben ser admitidas a rendir exámenes válidos para obtener títulos profesionales con tal que ellas se sometan para ello a las mismas disposiciones a que están sujetos los hombres”.

Eloísa tuvo el privilegio, por apoyo de su madre y padre, de ser enviada a estudiar a uno de los pocos colegios particulares para mujeres, el de Dolores Cabrera, para luego pasar al Liceo de Isabel Le Brun. Las profesoras Le Brun y Tarragó cuentan con un monumento público en la llamada Alameda de la ciudad de Santiago, es de los pocos que existen en reconocimiento a las mujeres en Chile, el que fue homenajeado, reconocido y visitado de forma constante durante las grandes movilizaciones feministas de los años 2017 y 2018 protagonizadas por jóvenes universitarias. Ellas articularon política y socialmente -de forma expansiva- lo que esa primera mujer en la universidad vivió: dijeron no al acoso sexual dentro de dichas instituciones, dijeron no a la violencia de género en los espacios universitarios, exigieron educación no sexista, modificaciones curriculares que reconocieran a las mujeres como productoras de saber, instalaron en el discurso social las cuestiones otrora sólo de feministas, activistas o intelectuales respecto de la diferencia, diversidad y disidencia sexual y la palabra binario se transformó en una interpelación cotidiana a las prácticas instaladas de lo que en difícil llamamos sistema hetero normativo o sistema sexo-género.

Traigo aquí una cuestión sencilla y profunda que Eloísa nunca contó, pero sí me lo contó la nieta de Justicia Espada Acuña Mena, la primera mujer en titularse de ingeniera en 1919: no había baños para

ellas en las universidades y no era posible que usaran los de los hombres. Cuando el Instituto Nacional, el primer liceo de la República de Chile fundado en 1813, abrió sus puertas a las “mujeres” en el 2020 el tema de los baños parecía ser el más complejo para esa comunidad: ¿a qué baños irían las “niñas”? Al parecer no podían ir a los mismos de los “niños”, se argüían razones de higiene, pero lo que más me llamó la atención (estuve en varios de esos debates) era que tras esa inquietud estaba la de que los hombres ya no podrían ser como eran, que algo de su libertad se perdería, una libertad que al parecer era más bien una identidad sinónimo de hombría y masculinidad. Más alarma provocaba otra exigencia, la de los baños no binarios. Es decir, baños para personas cuyos cuerpos no seguían la distinción “hombre”-“mujer” y se abrían a lo transitivo, la diferencia radical, el estallido de las formas y categorías de las clasificaciones desde la infancia y la adolescencia en el epicentro de la masculinidad tradicional republicana.

Los archivos señalan que sí hubo cuerpos de mujeres en el Instituto en el siglo XIX, la misma Eloísa Díaz debió rendir sus exámenes de bachiller en humanidades allí en 1881 con casi quince años. Con ello, se transformó en la primera mujer de América Latina en recibir un título universitario, pero eso no forma parte de la narrativa oficial de la institución ni de la historia en general. Les estudiantes del Instituto Nacional decían, en la segunda década del siglo XXI, que ya tenían compañeras antes de que el liceo se plegara a la nueva normativa de la educación secundaria sobre coeducación en los llamados liceos emblemáticos. Se referían a mujeres trans, queer, no binaries. Todo un lenguaje que ha hecho estallar las formas, los umbrales, al mismo tiempo que produce resistencias, rigidez y violencias. También se enciende el debate respecto de “lo biológico” o lo “natural” en eso que llamamos sexo y género. ¿Qué sería eso a lo que llamamos “mujeres” y “hombres”? También podría plantear aquí, desde los cuerpos y las cuerpas, que la cuestión del baño, esa habitación compleja de la arquitectura moderna -que hoy debe tener puertas y cierres- encierra aún asuntos innombrables e incómodos. Quizás los umbrales más complejos de franquear.

Revisemos la frase de Eloísa. En 1885 fue bachillera en medicina y farmacia, en 1886 fue licenciada en medicina y farmacia con la memoria *Breves observaciones sobre la aparición de la pubertad en la mujer chilena*

y el 3 de enero de 1887 obtuvo el título de médica cirujana, la primera de Chile y Sudamérica. Una Eloísa de apenas 20 años se tomó la palabra antes de defender su memoria de prueba sobre la menstruación en la mujer chilena, para decirle a sus examinadores:

“Vedado estaba a la mujer chilena franquear el umbral sagrado del augusto templo de las ciencias. La ley se oponía a ello cerrándola el paso que conducía a las aulas oficiales, en las diversas gradaciones de la enseñanza secundaria y superior [...] Pero los tiempos cambian. Se declaró que la mujer chilena podía ser admitida a la prueba de opción de grados. Una barrera estaba franqueada, quedaba aún otra que salvar que no era menos penosa, menester era obtener el pase de la sociedad para que la niña pudiese salir del hogar y llegar, al santuario de las letras y de las ciencias para volar a él sin que se la mirase a su vuelta con recelo y de reojo”¹.

No traigo a Eloísa a este libro ni a esta conversación por ser pionera, o excepcional, lo hago porque es ineludible en la historia. Fue parte de un movimiento de mujeres que de forma continua y sostenida decidió botar barreras para ser consideradas personas y libres: que la niña pudiese salir del hogar, nos dice, para llegar al santuario del saber y “volar en él”. También quiero instalarla -desde su propia historia de cuerpo incómodo en un mundo que no la quiere en él-, como franqueadora de umbrales teóricos. Ella fue una instalación. En sus seis años de estudios universitarios enfrentó junto a su madre, que debía acompañarla a las clases, las miradas de recelo y reojo. Eso sustenta ese discurso que se permite enunciar sin que nadie se lo pidiera. ¿Habrán sido noches de escribir y reescribir, habrá sido un tejido de palabras que esperaban el momento de ser escritas y dichas con fuerza frente al tribunal de masculinos que la examinaría como nuevos inquisidores republicanos?

Como estudiosa rigurosa, Eloísa conocía el significado de las palabras y de sus acciones y, por lo tanto, de lo que ella representaba para otras en ese momento de su “examen”. Sabía que debía ser afirmativa y audaz. Dijo: vedado estaba a la mujer chilena franquear el umbral. La frase es rotunda: he atravesado una puerta que estaba cerrada para mí-

¹ Díaz, E. R. (1887). Medicina: memoria de prueba para optar al grado de Licenciado en la Facultad de Medicina i Farmacia, leída el 25 de diciembre de 1886. *Anales de la Universidad de Chile*, 893–917. <https://doi.org/10.5354/0717-8883.1887.23758>

nosotras/es por ley. El saber estaba reservado a otros, al poner mi pie (me imagino ese primer día de clases en la Universidad) en el umbral, un valor mínimo de magnitud ha provocado un efecto de gran magnitud. Su paso no fue sutil ni uno más de los que pudo dar hasta ese día, fue uno que para darse debió abrirse camino y, siguiendo la definición de franquear, debió atravesar los impedimentos que le estorbaron y se esgrimieron para frenar que otras como ella pasaran a través de los obstáculos, de las obturaciones múltiples que por razones de su “sexo” les sitiaban la vida. Franquear también era la expresión usada cuando se “daba” libertad a las personas esclavizadas.

La educación en tanto “instrucción” fue una de las primeras reivindicaciones que las mujeres que tomaron la pluma en el saber occidental asumieron como objetivos políticos y de polémica. Pero el discurso de Eloísa, hecho cuerpo en su experiencia como primera mujer universitaria en Chile y Sudamérica, tuvo repercusiones importantes y fue reconocida en 1910 como la mujer más ilustre de América en un congreso médico en Buenos Aires. Allí fue con sus publicaciones ya numerosas a esas alturas, asistía a dichos congresos científicos como representante del Estado de Chile como funcionaria pública y como profesional en ejercicio en su propia consulta en Alameda 432. Si bien nadie ha recopilado la prensa de la época buscando las huellas de Eloísa, estoy segura de que la magnitud de las ondas de la noticia llegó a múltiples rincones y que la joven Lucila Godoy, de 17 años, que escribía un 8 de marzo de 1906 “La instrucción de la mujer”, hacía eco de ese centenario de propuestas que articularon la relación enunciada por Eloísa entre educación y liberación:

“En todas las edades del mundo en que la mujer ha sido la bestia de los bárbaros y la esclava de los civilizados, ¡cuánta inteligencia perdida en la oscuridad de su sexo! ¡Cuántos genios no habrán vivido en la esclavitud vil, inexplorados, ignorados! Instrúyase a la mujer no hay nada en ella que le haga ser colocada en un lugar más bajo que el del hombre...”

Lucila Godoy, conocida hoy como Gabriela Mistral, nuestra primera Nobel Latinoamericana en 1945, tuvo complejas relaciones con las instituciones educativas formales y cuando recibió la distinción Doctor Honoris Causa de la Universidad de Chile, creada para ella como

parte de los homenajes que se le rindieron en 1954 dijo: “Me siento profundamente conmovida y honrada por el alto honor que esta Ilustre Universidad me ha concedido, grado demasiado importante para una simple y antigua maestra rural”. Ella representa también las dificultades del cruce entre las cuestiones del “sexo”, como se dijo por mucho tiempo, y el de la clase social, pero también el de saberes no académicos. Tuvo dificultades para ejercer un cargo público como el de directora de Liceo por el hecho de no contar con un título universitario, y la Universidad quiso saldar esta injusticia dándole el título de profesora de Estado en Castellano en 1923. La cuestión de los títulos fue un asunto de praxis política en Mistral, utilizó la polémica en la prensa para avanzar, cuestionar y franquear otros umbrales.

Eloísa también dijo: pero los tiempos cambian. Los años 20 del siglo XX fueron tiempos de cambios. Una nueva Constitución se promulgó en 1925. Muchas mujeres ya pisaban fuerte en el espacio público exigiendo mejores condiciones laborales en el campo y las fábricas, bregando por un puesto de trabajo como profesionales, escribiendo de forma autónoma en la prensa y poblando nuestros imaginarios con otros puntos de vista. Ese mismo año de 1925 se integró a la primera mujer en el Consejo de Instrucción. Ella era Isaura Dinator, a la que Mistral le dedicó “Piececitos de niño”. En el Boletín de Instrucción Pública se consignó este hecho porque uno de los consejeros se tomó la palabra para celebrar este paso en “la senda del progreso” que reconocía la trayectoria de la señora Dinator como profesora y directora del Liceo 1 de Niñas, pero eso no significaba que los obstáculos hubieran desaparecido. De alguna forma eso llamado educación se transformó en el espacio permitido para las mujeres, una extensión de su “naturaleza”. Más Eloísas... Mmm... No. Las palabras del rector de la Universidad de Chile, Ruperto Bahamondes, fueron tajantes:

“El señor Rector de la Universidad de Chile, no es partidario de que las mujeres ocupen ciertos puestos que a su juicio, están especialmente destinados a los hombres, ya que es en el hogar donde ellas deben desempeñar el papel preponderante; pero tratándose de la educación, cree que en cambio tienen una función de extraordinaria importancia. Ahora que los liceos de Niñas dependen del Consejo de instrucción pública, la colaboración

de la señora Dinator de Guzmán, será de la más grande utilidad tanto por su experiencia en la educación femenina, como por su sólida cultura y espíritu de progreso”. (23 de marzo de 1925)

Sumemos otro suceso conectado con este pie puesto en el umbral de las puertas cerradas. Una cosa es estudiar, en la casa o en la escuela, otra la de tener cargos públicos y otra, contar con reconocimiento para enseñar a otros en el “augusto templo de las ciencias”, como llamó a la Universidad Eloísa Díaz. Ella seguramente formó a mucha gente en su práctica profesional en el Hospital San Borja, seguramente tuvo a otras mujeres como sus enfermeras o asistentes, a través de sus libros dictó cátedra, pero no sabemos que haya sido admitida a ocupar el pódium de la Facultad de Medicina. Entonces, cuando Amanda Labarca fue contratada para dictar clases en la Universidad de Chile como profesora extraordinaria de psicología en el Instituto Pedagógico, otro umbral se franqueó: “Cuando la que esto escribe, ingresó en 1922, en calidad de catedrática de la Universidad, el ciclo de conquistas culturales femeninas en Chile completó una etapa. Desde entonces ni legal ni prácticamente existen obstáculos para el ascenso de la mujer por los senderos de la superación intelectual”. Se suele confundir este hecho con el de la primera académica universitaria. Amanda era profesora de Estado, egresada del Instituto Pedagógico y es la primera mujer en hacer clases en la Universidad. La primera en usar un puesto, un púlpito, como voz autorizada de un saber, podía entonces, dictar cátedra. Pero ser académico, era ser parte de la corporación universitaria, lugar no sólo patriarcal, sino que elitista pues sólo por muerte de un ocupante, como se decía entonces, era posible ocupar un “sillón en la corporación”. Tal como se hace aún en las llamadas Academias Nacionales reunidas en el Instituto Chile, se trataba en ese entonces de académicos y académicas de número. Inés Echeverría fue por tanto la primera en tener dicho rango en 1926, también en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile. El discurso de Amanda se conoce en fragmentos por notas de prensa, el de Inés -conocida como la escritora Iris- se publicó en la *Revista Anales de la Universidad de Chile*, la revista académica más antigua del cono sur:

“Agradezco el honor que se me hace, a mi país -el primero de la América Española que ha roto la tradición de permanente olvido de nuestro sexo, en los cargos públicos.

Acepto agradecida, la honrosa designación que se ha hecho de mi persona, por la mujer chilena que represento, i no tan solo de la mujer de la aristocracia, sino especialmente de la mujer de clase media, que piensa hoy más hondo y más alto, sencillamente porque es más libre”.

Este nombramiento fue posible porque un 12 de marzo de 1925 un decreto-ley, impulsado por las organizaciones de mujeres desde 1915, levantó las incapacidades legales que nos rebajaban a la calidad de un menor, es decir, que nos negaba autonomía. En palabras de Amanda Labarca, la cuestión de los umbrales vuelve a aparecer en la forma de pórtico y anunciación: “Ese decreto-ley fue pórtico y anunciación. Dio alas a la mujer para que se congregara en sociedades múltiples, en Santiago como en provincias, y que persistiera en la conquista de sus derechos”.

Toda esa red de mujeres se preparó para conmemorar los 50 años del decreto Amunátegui en 1927. En una entrevista -concedida por la conmemoración el cincuentenario del Decreto Amunátegui, el 30 de septiembre de 1927- Eloísa Díaz recordaba su experiencia como primera mujer universitaria:

“Recuerdo que en aquellos primeros días los estudiantes de todos los cursos al término de cada clase se formaban en dos filas para hacerme pasar por el centro, y esta broma cariñosa de la muchachada terminaba con entusiastas aplausos. Después algunos de mis compañeros me venían a esperar a la salida de mi casa para acompañarme a la escuela”. (*El Mercurio*, 30 de septiembre de 1927)

La broma cariñosa, o el olvido, como hemos leído en las palabras de las que nos acompañan en esta larga conversación, minimizan la dureza de las puertas férreamente cerradas o que, entreabiertas, no invitan a pasar. Muchas mujeres han imaginado otros mundos, y han sido capaces, como dicen las autoras de este libro, de construir políticas y contribuir a inventar nuevas imágenes de pensamiento capaces de sobreponerse

a estructuras opresivas. Pero sigue siendo una constante el relato de la lucha en contra de, de la superación de, de la transformación de una estructura opresiva -por cuerpo al nacer- que instalan todas las culturas humanas del planeta. Sabemos que la palabra feminismo/s hoy designa a movimientos teóricos y prácticos profundamente transformadores por liberadores. Digo mujeres y feminismos porque también debe reconocerse que, históricamente, esas palabras se tornaron movimientos sociales, culturales y políticos que franquearon y seguirán franqueando umbrales ya que han acogido a esas otras subjetividades y corporalidades expulsadas de los poderes dominantes de la masculinidad, que no sólo encarna en los llamados hombres, sino que en las estructuras simbólicas del sistema social que sigue construyendo la ley de la binariedad del sexo-género.

Si acá retomo a Eloísa como una mujer que encarnó conscientemente un ciclo de movimientos por la emancipación de la mujer por vía de la educación formal llamada escuela y universidad, hay que decir que las herederas de Amanda, las que “estamos” hoy en la Universidad como docente e investigadoras, tenemos el desafío de, una vez franqueado el umbral, construir pensamiento y acción críticas con este privilegio. Inés pudo ocupar un cargo académico, un sillón, pero no dar clases, su autoridad se reconocía por clase y por su trabajo como escritora. Era menos libre que Amanda y que Eloísa, emancipadas por su trabajo y por su reconocimiento como mujeres ilustres e intelectuales, tuvieron cargos como funcionarias públicas. Eloísa más emancipada que Amanda, pues no se casó. Gabriela Mistral más emancipada que todas, pero discriminada y hostigada por clase y su diferencia sexual conocida de todos, pero sin poder nombrarse en su disidencia sexual. Con estos ejemplos aludo a lo que hoy algunas feministas llaman interseccionalidad de clase, género y raza para decir que “mujeres” no es siempre lo mismo y que existen magnitudes y jerarquías en toda vida encarnada, encuerpada en algo que se denomina “mujer” o que se arranca de dicha categoría social e históricamente construida.

Si bien antes y hoy teníamos materiales e información suficiente para decir que no eran unas pocas las que franqueaban umbrales, la historia de la rara ave -que serían las cuerpos mujeres y las cuerpos disidentes- predomina en la narrativa sobre la historia de los espacios

del saber tales como las academias, universidades, colegios profesionales y similares. Este libro se interroga sobre la posibilidad de una narrativa diferente: ¿podemos contar historias de una forma otra de las académicas feministas ya “instaladas” en las universidades? ¿Cuántos otros umbrales se estructuran al interior de las instituciones universitarias, por ejemplo, cuando subvaloran las teorizaciones y metodologías feministas? Las miradas de reojo y de recelo se vuelcan en el siglo XXI sobre los conocimientos feministas por nuevos inquisidores que, cual anatema, le suman a “género” la partícula de la ideología.

La insistencia en la palabra me remite nuevamente al gesto de Eloísa de franquear el umbral con todo: con toda una historia colectiva y personal, con su cuerpo sitiado de forma permanente al cruzar el umbral del umbral hacia el espacio público, con su palabra no autorizada. Acompañándome de la filósofa Rosi Braidotti, reconocida como parte de los feminismos de la diferencia de fines de la década de 1990 e inicios de los 2000 -muy incidentes en la instalación de los primeros centros de estudios de género en la Universidad de Chile-, el desafío era descentrar críticamente el pensamiento falocéntrico y occidental por medio de evidenciar las tensiones entre el significante “mujer” y mujer como concepto. Escindir los niveles de experiencia de la diferencia sexual tiene un desafío temporal aún abierto, siguiendo a Braidotti, el de la riqueza de un “saber situado” y de las “políticas de localización” no sólo en términos espaciales, de clase, de raza, sino también como una “noción temporal” que permitiría, como se desea por quienes hablan en este libro, otra narrativa, otra historia. En palabras de Braidotti, esto sería posible por la “aparición de pautas alternativas de identificación, de recuerdos”, pues “la memoria y el sentido del tiempo están estrechamente vinculados a la diferencia sexual”. Diríamos en expansión actual, vinculado a la diferencia, la disidencia sexual y las formas en que las subjetividades que no se instalan desde coordenadas binarias pueden construir, sistematizar y poblar el mundo desde dichas experiencias.

Braidotti y muchas otras plantean el objetivo de construir “sujetos feministas como genealogías incardinadas y contramemorias”², ese desafío se pone en práctica en este libro en forma de etnografías y

² Butler, J. (2004). El feminismo con cualquier otro nombre. En R. Braidotti, *Feminismo, diferencia sexual y subjetividad nómada*. Gedisa Editorial.

autoetnografías feministas, de entrevistas, de metodologías de vínculos socioafectivos, praxis feministas y colectivos para romper esquemas patriarcales y androcéntricos en las universidades públicas. Para franquear los umbrales, pero también, para construir espacios seguros al interior de ellas. Es decir, las universidades son espacios amenazantes aún para las mujeres y los sujetos feminizados.

Eloísa Díaz también debe leerse como una mujer que aportó desde la praxis a la historia de las mujeres y de los feminismos. Feminismos en plural, ese que Francesca Gargallo, reconociendo su privilegio de mujer blanca occidental y en diálogo con Yásnaya Aliaga, lingüista mixe, prefiere dejar como problema de traducción el de si es o no es feminismo para potenciar los feminismos -en plural- como el de las “búsquedas concretas emprendidas por las mujeres para el bienestar de las mujeres y en diálogo entre sí para destejer los símbolos y las prácticas sociales que las ubican en un lugar secundario, con menos derechos y con una valoración menor que los hombres”, entonces, “hay tantos feminismos cuantas formas de construcción política de mujeres existen”³. ¿Por qué no citar a Eloísa, como productora de saber no sólo en su campo disciplinar, sino que como teórica del saber situado de las mujeres? Por varias razones que las autoras de este libro, mis colegas en las academias contemporáneas, vuelven a dibujar. En primer lugar, la construcción permanente de la “mujer” como una “otredad”, como aves raras dentro de un campo vedado o poco seguro por ajeno. Podemos hacer mucho, pero no entramos a la historia, lineal, de la trascendencia, del saber autorizado por masculino. La cuestión es si queremos entrar allí para defender las diferencias, para copar espacios en el lenguaje falocéntrico, para transformar radicalmente el saber, ¿quedarnos hoy, en la Universidad, para qué?

Alejandra Araya Espinoza
Historiadora

³ Gargallo Celentani, F. (2012). *Feminismos desde Abya Yala. Ideas y proposiciones de las mujeres de 607 pueblos de nuestra América*. Ediciones desde Abajo.